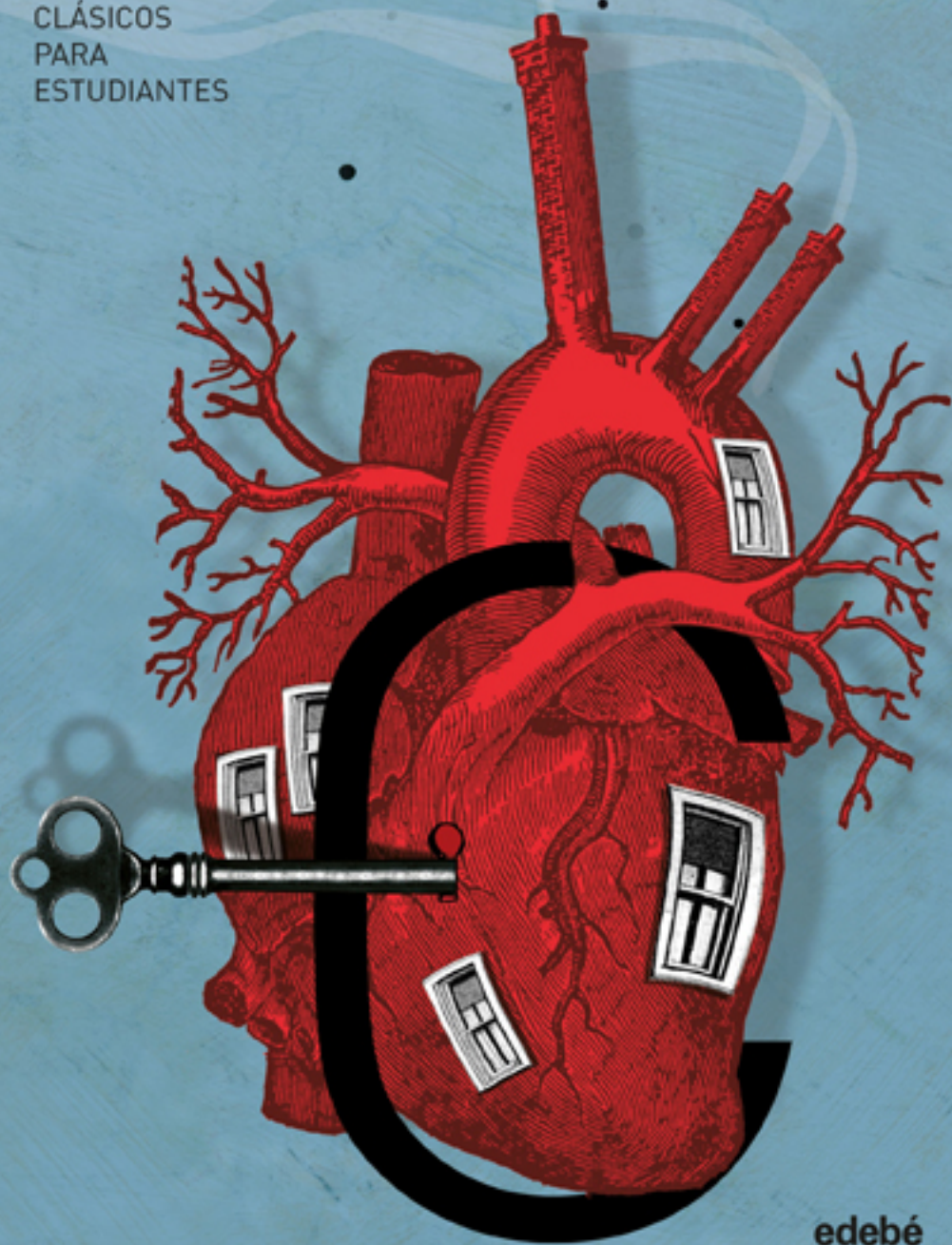




# LA CELESTINA

adaptación de *Rosa Navarro Durán*

CLÁSICOS  
PARA  
ESTUDIANTES



edebé

# ÍNDICE

---

*La Celestina* 9

El autor a un amigo suyo 9

El autor, excusándose de su yerro en esta obra que escribió,  
argumenta contra sí y compara 10

PRÓLOGO 17

Argumento 18

Primer acto 19

Segundo acto 56

Tercer acto 64

Cuarto acto 74

Quinto acto 94

Sexto acto 100

Séptimo acto 117

Octavo acto 129

Noveno acto 139

Décimo acto 154

Onceno acto 167

Doceno acto 175

Treceno acto 199

Catorceno acto 206

Decimoquinto acto 217

Decimosexto acto 226

Decimoséptimo acto 230

Decimooctavo acto 237

Decimonono acto 244

Veinteno acto 284

Veintiuno acto 261

Alonso de Proaza, corrector de la impresión, al lector 268

## ESTUDIO DE LA OBRA Y ACTIVIDADES

### EL AUTOR Y SU OBRA 271

1. Las dos redacciones de *La Celestina* y su autor 271

2. *La Celestina* 273

2.1. La historia de amor de Calisto y Melibea 274

2.2. Los criados, la alcahueta y las prostitutas 277

### ACTIVIDADES DIDÁCTICAS 281

1. Preguntas para la comprensión y el análisis de la obra 281

1.1. Textos preliminares 281

1.2. El acto primero, escrito por otro autor: planteamiento del conflicto, dibujo de los personajes 282

1.3. El retrato de los criados se completa. *Celestina* empieza a actuar 283

- 1.4. La embajada de Celestina 284
- 1.5. Celestina comunica el éxito de su embajada a Calisto 285
- 1.6. Celestina conquista a Pármeno 286
- 1.7. La comida en casa de Celestina 287
- 1.8. La confesión de Melibea 289
- 1.9. La primera cita 290
- 1.10. La muerte de Celestina 291
- 1.11. La cita en el jardín de Melibea 291
- 1.12. La venganza 292
- 1.13. El final trágico: la muerte de Calisto y de Melibea 293
- 2. En versión original 294
  - 2.1. El inicio de la obra 294
  - 2.2. Monólogo de Celestina 295
  - 2.3. La primera cita de los dos enamorados 296



*Tragicomedia de Calisto y Melibea*, que, además de ser de agradable y dulce estilo, contiene muchas sentencias filosóficas y avisos muy necesarios para los jóvenes, porque les enseña los engaños que hay en criados y alcahuetas.

### EL AUTOR A UN AMIGO SUYO

Estaba en mi habitación, con la mano en la mejilla, pensando en lo mucho que necesita esta obra nuestra patria porque en ella hay muchos jóvenes enamorados, y pensaba también en ti porque te he visto sufriendo tal enfermedad, sin armas para resistir el fuego amoroso.

Leía después estos papeles y veía que en ellos estaban las armas que se necesitaban. Los leí tres o cuatro veces, y cuanto más los leía, más ganas tenía de leerlos por su estilo elegante; me gustaba su historia principal, tan dulce; la filosofía que había en ellos, los consejos y advertencias contra malos criados aduladores y falsas mujeres hechiceras. Vi que no ponía quién los había escrito; unos dicen que fue Juan de Mena, y otros, que Rodrigo Cota; pero fuera quien fuese, es digno de que nos acordemos de él por la belleza de su historia y por las enseñanzas que hay en ella. Y pues él, por temor a las críticas, quiso ocultar su nombre, yo, que he acabado la historia que él empezó, tampoco quiero poner el mío al final.

Además, como me dedico a estudiar Derecho, dirían que me he distraído de mis estudios para escribir la obra, y no creerían que la acabé en los quince días de unas vacaciones.

A ti y a cuantos la lean ofrezco los siguientes versos. Y para que sepas dónde empieza lo que yo escribí, he puesto todo lo que el antiguo autor hizo en un solo acto; así lo mío empieza en el segundo, cuando Calisto dice «Hermanos míos...».

EL AUTOR, EXCUSÁNDOSE DE SU YERRO EN ESTA OBRA  
QUE ESCRIBIÓ, ARGUMENTA CONTRA SÍ Y COMPARA

El silencio escuda y suele encubrir  
La falta de ingenio y torpeza de lenguas;  
Blasón, que es contrario, publica sus menguas  
A quien mucho habla sin mucho sentir.  
Como hormiga que deja de ir,  
Holgando por tierra con la provisión,  
Jactose con alas de su perdición,  
Lleváronla en alto, no sabe dónde ir;

*Prosigue*

El aire gozando ajeno y extraño,  
Rapiña es ya hecha de aves que vuelan,

Fuertes más que ella, por cebo la llevan,  
En las nuevas alas estaba su daño.  
Razón es que aplique a mi pluma este engaño,  
No despreciando a los que me arguyen:  
Así que a mí mismo mis alas destruyen,  
Nublosas y flacas, nacidas de hogaño.

*Prosigue*

Donde ésta gozar pensaba volando,  
O yo de escribir cobrar más honor,  
Del uno y del otro nació disfavor:  
Ella es comida, y a mí están cortando;  
Reproches, revistas y tachas callando  
Obstara, y los daños de envidia y murmulos;  
Insisto remando, y los puertos seguros  
Atrás quedan todos ya cuanto más ando.

*Prosigue*

Si bien queréis ver mi limpio motivo  
A cuál se endereza de aquestos extremos,  
Con cuál participa, quién rige sus remos,  
Apolo, Diana o Cupido altivo,  
Buscad bien el fin de aquesto que escribo,



O del principio leed su argumento:  
Leedlo, veréis que, aunque dulce cuento,  
Amantes, que os muestra salir de cautivo.

### *Comparación*

Como el doliente que píldora amarga  
O la recela o no puede tragar,  
Métela dentro de dulce manjar,  
Engañase el gusto, la salud se alarga;  
De esta manera mi pluma se embarga,  
Imponiendo dichos lascivos, rientes,  
Atrae los oídos de penadas gentes;  
De grado escarmientan y arrojan su carga.

### *Vuelve a su propósito*

Estando cercado de dudas y antojos,  
Compuse tal fin que el principio desata;  
Acordé dorar con oro de lata  
Lo más fino tibar que vi con mis ojos  
Y encima de rosas sembrar mil abrojos.  
Suplico, pues, suplan discretos mi falta;  
Temán groseros, y en obra tan alta  
O vean y callen o no den enojos.

*Prosigue dando razones por qué se movió  
a acabar esta obra*

Yo vi en Salamanca la obra presente,  
Movime a acabarla por estas razones:  
Es la primera, que estoy en vacaciones;  
La otra, inventarla persona prudente;  
Y es la final ver la más gente  
Vuelta y mezclada en vicios de amor.  
Estos amantes les pondrán temor  
A fiar de alcahueta ni falso sirviente.

Y así que esta obra en el proceder  
Fue tanto breve cuanto muy sutil;  
Vi que portaba sentencias dos mil:  
En forro de gracias, labor de placer.  
No hizo Dédalo cierto a mi ver  
Alguna más prima entretalladura,  
Si fin diera en esta su propia escritura  
Cota o Mena con su gran saber.

Jamás yo no vide en lengua romana,  
Después que me acuerdo, ni nadie la vido,  
Obra de estilo tan alto y subido  
En tusca ni griega ni en castellana.  
No trae sentencia de donde no mana

Loable a su autor y eterna memoria,  
Al cual Jesucristo reciba en su gloria  
Por su Pasión santa, que a todos nos sana.

*Amonesta a los que aman que sirvan  
a Dios y dejen los malos pensamientos  
y vicios de amor*

Vos, los que amáis, tomad este ejemplo,  
Este fino arnés con que os defendáis;  
Volved ya las riendas por que no os perdáis,  
Load siempre a Dios visitando su templo.  
Andad sobre aviso; no seáis de ejemplo  
De muertos y vivos y propios culpados.  
Estando en el mundo yacéis sepultados;  
Muy gran dolor siento cuando esto contemplo.

*Fin*

Oh damas, matronas, mancebos, casados:  
Notad bien la vida que aquestos hicieron;  
Tened por espejo su fin cual hubieron,  
A otro que amores dad vuestros cuidados;  
Limpiad ya los ojos, los ciegos errados,  
Virtudes sembrando con casto vivir;

A todo correr debéis de huir,  
No os lance Cupido sus tiros dorados.

El bachiller Fernando de Rojas acabó la *Comedia de Calisto y Melibea*. Y fue nacido en La Puebla de Montalbán.



# PRÓLOGO

---

**LA**quel gran sabio Heráclito dijo que todo había sido creado a manera de contienda o de batalla. Y también lo repitió el gran poeta Francisco Petrarca: «La naturaleza, madre de todo, no creó nada sin lucha ni daño». Ningún género de animales carece de guerra: peces, fieras, aves, serpientes; toda especie persigue a otra: el león al lobo, el lobo al perro, el perro a la liebre... ¡Y qué diremos de los hombres! ¿Quién contará sus guerras, sus enemistades, sus envidias? Así no me asombro de que cada uno de los lectores de esta obra opine de forma distinta sobre ella. Unos han dicho que era larga, y otros que breve; unos, que les parecía agradable, y otros, que oscura; de forma que cortarla a gusto de todos es cosa que sólo Dios puede hacer.

Otros han discutido sobre el nombre diciendo que no debía llamarse comedia, porque acababa mal, sino tragedia. El primer autor quiso darle el nombre que corresponde a su comienzo, que es gustoso, y le llamó comedia; yo, viendo estas disputas, escogí, entre los dos extremos, el medio y la llamé tragicomedia.


*Síguese la comedia o tragicomedia de Calisto y Melibea, compuesta en reprehensión de los locos enamorados, que, vencidos de su desordenado deseo, llaman a sus amigas su dios. También está hecha para advertir de los engaños de las alcahuetas y de los criados malos y aduladores.*

### Argumento

Calisto fue de noble linaje, de claro ingenio, apuesto, bien educado, de mediana posición social. Se enamoró de Melibea, muchacha de muy buena familia, hija única y heredera de su padre Pleberio y muy amada de su madre Alisa. Por petición del enamorado Calisto, intervino una mala y astuta mujer, Celestina, para vencer el casto propósito de Melibea; y también lo hicieron dos criados de Calisto, a quienes Celestina engañó e hizo desleales con anzuelos de codicia y placer. Los enamorados y los que les sirvieron tuvieron un fin desastrado. Para que todo comenzara, la adversa fortuna dispuso el lugar oportuno donde Calisto vio por primera vez a Melibea.

## PRIMER ACTO

### *Argumento del primer acto de esta comedia*

 ntrando Calisto en una huerta persiguiendo a un halcón suyo, encontró allí a Melibea, de quien se enamoró. Le empezó a hablar; pero ella lo despidió sin contemplaciones, y el joven se fue a su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo que se llamaba Sempronio; y después de mucho conversar, le recomendó una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía él a su amante, Elicia. Cuando Sempronio llegó a casa de Celestina con el asunto de su amo, Elicia estaba con otro, con Crito, y las dos lo escondieron para que no lo viera. Mientras Sempronio negocia con Celestina, Calisto habla con otro criado suyo llamado Pármeno hasta que llegan Sempronio y Celestina a su casa. A Pármeno lo reconoció Celestina y le contó muchas cosas de su madre, induciéndole a que fuera amigo de Sempronio y se aliasen los dos.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA,  
ELICIA, CRITO, PÁRMENO.

*(En el jardín de Melibea)*

CALISTO. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?



CALISTO. En que dio poder a la naturaleza para que te hiciera a ti tan hermosa y a mí, que no lo merezco, me dio tal gracia que pudiera verte y en lugar tan adecuado para que pudiera confesarte mi dolor secreto. Es mucho más el premio que me ha dado que el servicio, la devoción y las obras piadosas que le he ofrecido. ¿Quién ha visto a hombre más feliz que yo? ¡Ni los gloriosos santos que gozan de la visión de Dios tienen más placer que yo ahora! Pero, ¡ay, triste de mí!, que en algo somos distintos: que ellos gozan de la gloria sin temor de verse privados de ella, y yo gozo con el miedo del tormento que tu ausencia me va a causar.

MELIBEA. ¿Tienes esto por gran premio, Calisto?

CALISTO. Lo tengo por tanto que, si Dios me diera en el cielo el mejor lugar entre sus santos, no sería tan feliz.

MELIBEA. Pues, si insistes, yo te daré aún un premio más justo.

CALISTO. ¡Oh bienaventuradas e indignas orejas mías que habéis oído tan gran palabra!

MELIBEA. Serán desventuradas cuando acabes de oírme porque la paga será tan fiera como lo merece tu loco atrevimiento y lo que tus palabras intentan. ¡Cómo un hombre como tú pretende que se pierda la virtud de una mujer como yo! ¡Vete, vete de ahí, infame! No tengo paciencia para tolerar que alguien me hable de gozar en un amor ilícito.

CALISTO. Me iré como aquel contra quien la adversa fortuna se empecina con odio cruel.



(En casa de Calisto)

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO. Aquí estoy, señor, cuidando de estos caballos.

CALISTO. Pues, ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO. Se lanzó al suelo el halcón girifalte y vine a ponerlo derecho en la alcándara.

CALISTO. ¡Así te lleven los diablos! ¡Así te mueras de repente y vayas al infierno! ¡Anda, anda, malvado, abre la habitación y arregla la cama!

SEMPRONIO. Señor, enseguida. Ya está hecho.

CALISTO. Cierra la ventana y deja que la tiniebla acompañe al triste, y la ceguera al desdichado. Mis tristes pensamientos no son dignos de luz. ¡Oh bienaventurada muerte la que acude a los afligidos que la desean! ¡Oh piedad celestial haz que el corazón de Melibea no envíe mi alma, sin esperanza de salvación, al otro mundo!

SEMPRONIO. ¿Qué te pasa?

CALISTO. ¡Vete de aquí! No me hables; si no, quizás antes de mi rabiosa muerte, mis manos causarán la tuya.

SEMPRONIO. Me iré, pues quieres sufrir solo tu mal.

CALISTO. ¡Vete al diablo!

SEMPRONIO. No creo que vaya conmigo el que se queda contigo. ¡Oh desventura! ¡Oh mal repentino! ¿Qué es lo que

ha pasado que ha robado tan deprisa la alegría de este hombre y, lo que es peor, le ha quitado el seso? ¿Lo dejo solo o me quedo donde está? Si le dejo, se matará; y si entro, me matará a mí. Que se quede solo; más vale que muera aquel a quien la vida le es enojosa, que no yo que disfruto con ella. Aunque fuera sólo por ver a mi Elicia, debería guardarme de peligros. Pero si se mata sin otro testigo, yo tendré que dar cuenta de su vida. Voy a entrar; pero aunque entre, no quiere que le consuele, señal de que no quiere curarse. Con todo, quiero dejarle un poco para que se desbrave porque he oído decir que es peligroso apretar los granos de pus duros porque empeoran. Dejaremos llorar al que tiene dolor, que las lágrimas y los suspiros alivian al corazón dolorido. Además, si me tiene delante, se encenderá aún más porque el sol arde más donde puede reflejarse. Por eso, quiero esperar un poco. Si mientras tanto se mata, que se muera; quizá me quedaré con algo que nadie se imagina y podré mejorar; aunque malo es esperar salud de muerte ajena, y quizás me engaña el diablo, y, si muere, me maten a mí y se acabará todo. Por otra parte, dicen los sabios que es un gran descanso para los afligidos tener a alguien a quien contarle sus penas, y que la llaga que se queda dentro duele más. Pues en estos extremos entre los que dudo, lo mejor será entrar y sufrirle y consolarle, porque si es posible curarse sin ciencia y sin remedio, más fácil lo es hacerlo con arte y con cura.

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. Tráeme el laúd.

SEMPRONIO. Señor, aquí está.

CALISTO. ¿Qué dolor puede ser tal,  
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO. Este laúd está desafinado.

CALISTO. ¿Cómo lo afinará el que está descompuesto?  
¿Cómo sentirá la armonía el que no la tiene en sí mismo,  
aquel cuya voluntad no obedece a la razón, aquel que tiene  
dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, ene-  
mistad, injurias, faltas, dudas, todo por una misma razón?  
Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO. Mira Nero de Tarpeya  
a Roma cómo se ardía;  
gritos dan niños y viejos,  
y él de nada se dolía.

CALISTO. Mi fuego es mayor, y menor la piedad de quien  
yo digo.

SEMPRONIO. (No me engaño yo, que loco está este mi amo.)

CALISTO. ¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO. No digo nada.

CALISTO. Di lo que decías; no tengas miedo.

SEMPRONIO. Digo que ¿cómo puede ser mayor el fuego  
que atormenta a un vivo que el que quemó tal ciudad y  
a tanta gente?

CALISTO. ¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años que la que en un día pasa, y mayor la que mata un alma que la que quema cien mil cuerpos. Tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real. Si el fuego del purgatorio es parecido, prefiero que mi espíritu vaya con el de los animales y no sea inmortal, que no sufrirlo para alcanzar luego la gloria de los santos.

SEMPRONIO. (No decía yo ninguna tontería: esto va a más. No sólo está loco, sino que ahora va para hereje.)

CALISTO. ¿No te digo que hables alto cuando lo hagas? ¿Qué has dicho?

SEMPRONIO. Digo que nunca Dios quiera tal cosa, porque lo que has dicho es una especie de herejía.

CALISTO. ¿Por qué?

SEMPRONIO. Porque lo que has dicho contradice la religión cristiana.

CALISTO. ¿Y a mí qué?

SEMPRONIO. ¿Tú no eres cristiano?

CALISTO. Yo melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo.

SEMPRONIO. (¡Allá tú! Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, y se le sale por la boca a borbotones.)

»No hace falta que me digas más. Ya sé lo que te pasa. Yo te curaré.

CALISTO. Prometes una cosa increíble.

SEMPRONIO. Antes, fácil, porque el comienzo de la salud es que se conozca la enfermedad.

CALISTO. ¿Qué consejo puede servir a lo que no tiene orden ni concierto?

SEMPRONIO. (¡Ah, ah, ah! ¿Éste es el fuego de Calisto? ¿Éstas son sus congojas? ¡Como si el amor solamente le disparara a él sus flechas! ¡Oh soberano Dios, qué profundos son tus misterios! ¡Cuánta fuerza pusiste en el amor! El enamorado salta todos los límites como si fuera un toro picado de la garrocha. Mandaste al hombre abandonar al padre y a la madre por la mujer; y ahora, como Calisto hace, no sólo los dejan a ellos, sino también a ti y a tu ley. Y no me extraña porque también lo hicieron los sabios, los santos y los profetas.)

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. ¡No me dejes!

SEMPRONIO. (De otro humor está ya.)

CALISTO. ¿Qué piensas de mi mal?

SEMPRONIO. Que amas a Melibea.

CALISTO. ¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO. Muy malo es tener la voluntad cautiva en un solo lugar.

CALISTO. Sabes poco de firmeza.

SEMPRONIO. Perseverar en el mal no es constancia, sino

pertinacia, como dicen en mi tierra. Y vosotros, los filósofos de Cupido, llamadla como queráis.

CALISTO. Está mal que mienta quien da consejos a otro, ya que tú presumes de alabar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO. Haz lo que bien digo y no lo que mal hago.

CALISTO. ¿Qué crees que hago mal?

SEMPRONIO. Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer.

CALISTO. ¿Mujer? ¡Grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO. ¿Lo crees así o te estás burlando?

CALISTO. ¿Que me estoy burlando? Creo que es Dios, confieso que es Dios, y no creo que haya otro soberano en el cielo aunque ella viva entre nosotros.

SEMPRONIO. (¡Ja, ja, ja! ¿Oíste qué blasfemia? ¿Viste qué ceguedad?)

CALISTO. ¿De qué te ríes?

SEMPRONIO. Me río porque no pensaba que hubiera peor invención de pecado que en Sodoma.

CALISTO. ¿Cómo?

SEMPRONIO. Porque aquellos quisieron tener relaciones sexuales con los ángeles, y tú con la que confiesas que es Dios.

CALISTO. ¡Maldito seas! ¡Me has hecho reír, cosa que no pensé que pudiera!

SEMPRONIO. ¿Pues qué? ¿Toda tu vida tenías que llorar?

CALISTO. Sí.



SEMPRONIO. ¿Por qué?

CALISTO. Porque amo a aquélla ante quien me siento tan indigno que no tengo esperanza de alcanzarla.

SEMPRONIO. (¡Cobarde!, ¡desgraciado! ¡Qué Alejandro Magno eres, porque él se creía digno no sólo de ser señor de la tierra, sino del cielo!)

CALISTO. No te oí bien eso que dijiste. Repítelo.

SEMPRONIO. Dije que tú, que eres más animoso que Alejandro Magno, no tienes esperanza de conseguir una mujer, y muchas, que estaban en altos puestos, se dejaron seducir por viles muleros o incluso tuvieron relaciones con animales. ¿No has leído el caso de Pasífae y el toro?

CALISTO. No lo creo; son mentiras.

SEMPRONIO. ¿Y lo de tu abuela con el mono, también fue mentira? Testigo fue el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO. ¡Maldito sea este necio! ¡Y qué barbaridades dice!

SEMPRONIO. ¿Te escoció? Lee a los historiadores, estudia a los filósofos, mira a los poetas. Los libros están llenos de los malos ejemplos de las mujeres. Lee a Salomón, donde dice que las mujeres y el vino hacen a los hombres negar a Dios. Paganos, judíos, cristianos y moros, todos están de acuerdo en esto. Pero lo que digo de ellas no te haga creer que son todas igual, porque hubo y hay muchas mujeres santas y virtuosas. Pero aquellas otras malas, ¿quién podría contar sus mentiras, sus cambios, sus lagrimillas, sus atrevi-

mientos —que se atreven a hacer todo lo que se les ocurre sin pensar en las consecuencias—, su disimulo, su labia, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su falso testimonio, su negar, su vanidad, su orgullo, su locura, su desdén, su soberbia, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, su desvergüenza, su alcahuetería? Considera ¡qué poco seso hay debajo de aquellas tocas con que se cubren la cabeza!, ¡qué pensamientos debajo de aquellos elegantes vestidos!, ¡qué cloacas debajo de templos pintados! A ellas se refiere el refrán que dice «arma del diablo, cabeza de pecado, destrucción del paraíso». Huye de sus engaños. Vete con cuidado porque hacen cosas que no se entienden; no se rigen por la razón, por la moderación. Cuando quieren entregarse, se muestran ásperas. A los que meten por los agujeros, insultan en la calle. Invitan, despiden; llaman, niegan; muestran amor y declaran odio; se enfurecen y enseguida se calman. Quieren que se adivine lo que quieren. ¡Qué plaga!, ¡qué enojo!, ¡qué fastidio es tratar con ellas más del breve tiempo en que están dispuestas a gozar!

CALISTO. ¿Ves? Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé por qué.

SEMPRONIO. No son palabras para jóvenes que no saben razonar, que no saben regirse. Es imposible pensar que pueda ser maestro el que nunca fue discípulo, enseñar el que nunca aprendió.

CALISTO. Y tú, ¿qué sabes? ¿Quién te enseñó esto?

SEMPRONIO. ¡Ellas! Porque, después que se descubren, después que pierden la vergüenza, muestran todo esto y más a los hombres. Actúa, pues, según tu honra; procura ser más digno de lo que te consideras porque es peor que el hombre se rebaje que no que se alce más de lo que le corresponde.

CALISTO. Pues, ¿quién soy yo para eso?

SEMPRONIO. ¿Quién? Lo primero, eres un hombre inteligente, y al que la naturaleza le dio los mejores dones: belleza, gracia, gallardía, fuerza, agilidad. Y además de esto, Fortuna compartió contigo lo suyo en tal cantidad que los bienes que tienes dentro resplandecen con los de fuera. Porque, sin los bienes exteriores —de los cuales la Fortuna es señora—, nadie puede ser afortunado en esta vida. Por último, tu sino es que agrades a todos.

CALISTO. Pero no a Melibea. Y en todo lo que has destacado en mí, Sempronio, sin comparación ni medida, Melibea me aventaja. Miras la nobleza y la antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la gracia, la extremada hermosura..., de la cual te ruego que me dejes hablar un poco, para que tenga yo algún alivio. Y sólo hablaré de lo que se ve; que si yo pudiera hablarte de lo oculto, no habría necesidad de seguir discutiendo.

SEMPRONIO. (¡Qué mentiras y qué locuras dirá ahora el desdichado de mi amo!)